

Remembranzas de una familia peculiar

Juanjo Conti

Edición automática, 2016.

Remembranzas de una familia peculiar lleva la licencia *Creative Commons Attribution - NonCommercial - ShareAlike 4.0 Unported License*. Esto significa que podés compartir esta obra y crear obras derivadas mencionando al autor, pero no hacer un uso comercial de ella.

<http://www.juanjoconti.com.ar/pico>

<http://www.juanjoconti.com.ar/libros>

Remembranzas de una familia peculiar
*está dedicado a Adrián, Flavio, Joel y Tristan,
que no solo leyeron estos cuentos segundos después
de que terminé su primer borrador, sino que
proporcionaron datos para varios de ellos.*

Índice

Los Pico (0)	9
El bromista culto	11
Los Lavalle Menéndez	13
Los Pico (1)	15
De literatura, amor y cabello	17
La explicación	21
Los Pico (2)	23
Fanáticos del mate cocido	25
La dieta	29
El camionero de la quesería Stroppi	31
Los Pico (3)	35
El asado de los Reyes	37

Prólogo

Los Pico (remembranzas de una familia peculiar)

Durante los años 60, vivió en Carlos Pellegrini una familia renombrada por sus peculiaridades. Protagonistas de dichos y anécdotas, la familia Pico estaba conformada por el padre de familia, Luis Pico, su señora, María Verga (quien, desde la catequesis y por respeto a los Santos Evangelios, decía que se apellidaba Vergia) y seis hijos: tres varones (los mayores) y tres mujeres (las menores).

Aunque “para muestra baste un botón”, en este estudio se analizan tres: un dicho y dos anécdotas.

Sigue en la página 15.

El bromista culto

Cuentan los vecinos que aquel joven estudiante llegó a la casa del profesor Orduna una mañana de otoño. Había sido enviado desde un pueblo de provincia por su madre, prima del profesor, con no más que un diminuto bolso de cuero ajado y una carta en la que esta le pedía encarecidamente a su primo que se encargara de la educación del muchacho.

“Ya pasaron más de dos años desde que terminó los estudios primarios y no he logrado juntar el dinero suficiente para enviarlo de pupilo al pueblo vecino...”

El joven, que era feliz cuidando chivos en la montaña, acató dócil la orden de su madre y se subió en el único colectivo que pasaba por el pueblo. En una estación central hizo el transbordo que tenía indicado y, luego de viajar toda la noche, llegó a la ciudad donde vivía su “tío” profesor.

El profesor, que solía tomar alumnos pupilos en su propia casa, le dió comida y abrigo. Y, lo más importante, le empezó a impartir su reconocido “curso de saberes elementales para muchachos”, que incluía lenguas, matemáticas, historia, biología y talabartería. El cuero era una industria prominente en aquellos lugares, por aquellos días.

La relación alumno-profesor hubiera transcurrido sin incidentes si no fuera por esa tendencia de Orduna a reírse de

las personas sin que estas se den cuenta. Puso en práctica con su sobrino segundo uno de sus clásicos chascarrillos de largo aliento. Este consistía en enseñar al discípulo palabras extrañas o caídas en desuso, pero dándoles otro significado. La gracia se completaba cuando durante alguna escena de la vida cotidiana el educando quería aplicar lo aprendido y usaba en forma errónea una palabra. El profesor evitaba estallar en una carcajada y se limitaba a sonreír para sus adentros.

Una broma, si se quiere, inocente, cuyas consecuencias nunca se habrían extendido más allá de los límites de la casa del profesor si no hubiese sido por el trágico incidente del perro, hartado conocido por los habitantes del barrio, que le costó la vida al profesor.

El joven alumno intentó advertirle del peligro, pero quiso la casualidad o el infortunio que en el mensaje, el muchacho aplicará un cóctel desafortunado de los conocimientos hasta ese momento adquiridos.

Los chicos del barrio repiten hoy en día las palabras de aquel muchacho, como si de un trabalenguas se tratara: “¡Profesor, profesor, cuidado, no pignore esa manzana que el perro despichó donde usted baladroneó al pollo y se trasegó sin darme oportunidad a hollarlo o añusgarlo!”.

Los Lavalle Menéndez

En el fondo del bar, el patrón se distraía repasando un vaso. Desde allí miraba a la calle y a los dos clientes que bebían cerveza con los ojos fijos en el campo. De pronto, una camioneta frenó bruscamente. Un hombre se bajó con apuro. Dejó la camioneta en marcha y con la puerta abierta. Se asomó al bar y desde la entrada dijo...“¡Necesito un baño urgente!”

Sin esperar a que le respondan, encaró para el lado de las mesitas del fondo como toro que confundieron con vaca el día que tocaba inseminación artificial y, dejando a su paso un halo espeso, casi viscoso, desapareció con un portazo tras la puerta indicada con el cartel de “Caballeros”.

Fuegos artificiales, petardos y redoblantes. Una batería de sonidos se escapaba por la cerradura y por los bordes de la puerta que llevaba ya varios años de servicio.

Unos minutos después, el hombre de la camioneta salió con el semblante totalmente cambiado. Tenía en el rostro, en la sonrisa, la satisfacción del deber cumplido. Y cumplido a tiempo.

Los demás parroquianos lo miraban divertidos, esperando que haga algún comentario, alguna alusión a su veloz entrada.

Pero él no les daría el gusto. Antes que nada, tenía su orgullo, su alcurnia y su apellido.

“Los Lavalle Menéndez, no cagamos”, solía gritar su abuelo “Vamos al baño a higienizarnos. No nos tiramos pedos; ventilamos los gases producto de nuestra combustión interna. No meamos; evacuamos efluentes”. Esas máximas patriarcales, que se transmitían de generación en generación, estaban grabadas a fuego en el carácter de Julio Lavalle Menéndez y nunca, ni siquiera en los años de su débil infancia, se permitía faltas de decoro. Cuando los demás compañeros estaban jugando a la pelota y hacían un impasse para mear en un árbol, Julito corría hasta su casa a evacuar sus efluentes en lo que, a sus ojos de infante, era una vasija de porcelana. Siempre volvía con el segundo tiempo empezado.

Ignorando las miradas, Lavalle Menéndez, se sentó en la barra, miró fijo al cantinero a los ojos y con la impronta que su linaje le exigía le habló sin titubear: “Sírrame un jugo de naranjas, don, que ando medio constipado”.

Los Pico (1)

Vayamos al dicho, enunciado hasta el cansancio en todos los pueblos de la redonda: “Acá no se come puchero, dijo el viejo Pico y pateó la olla. Y había criado a todos los hijos comiendo ocote¹”. El dicho tuvo su origen una tardecita de verano cuando Luis Pico, después de tomar más de un porrón en el boliche La Peri, volvió a su casa con falta de verticalidad y, tras arañar varias veces la cerradura, abrió la puerta. María Verga estaba revolviendo una olla de puchero (papas, cebollas, apio y osobuco) y el olor ya se había pegado a las paredes. No se sabe la razón, pero el padre de familia montó en cólera y descargó su ira contra el cacharro que se mantenía caliente a fuego lento. El dicho original reza “...y pateó la olla” (o en su versión coloquial “... y *patió* la olla”), pero esto es difícil de creer ya que un horno estándar tienen una altura de ochenta y cinco centímetros y el viejo Pico, que desde los quince alegaba artrosis para trabajar lo menos posible, hacía varios años que no levantaba las piernas, ni siquiera para cruzar alambrados a robar choclos.

Sigue en la página 23.

¹Tripa gorda de la vaca.

De literatura, amor y cabello

Durante esas semanas, me encontraba yo completamente entregado a la lectura de una novela de un autor sueco, desconocido en el país. Me había traído el volumen un primo mío en su último viaje, conociendo mi gusto por la buena literatura y las ediciones en rústica. Quiso el azar y, tal vez, el infortunio que por esos días mi cabellera alcanzara umbrales máximos que me impedían la correcta audición. Con cortinas de cabello como persianas sobre mis orejas, presto, me fui caminando a la peluquería de mi amigo Chilín.

La peluquería de Chilín (que, dicho sea de paso, ese es exactamente la leyenda que reza la cartelera fuera del local) goza de muy buena fama entre las señoras del barrio, por lo que, sabiendo que me demoraría, me llevé bajo el brazo la copia de tan apasionante novela.

Una vez en el local y efectuados los saludos de rigor (mano y beso a Chilín, beso a su regordeta asistente, solo mano a su barbudo peluquero segundo) y viendo que la cantidad de clientas en atención más las que esperaban por su permanente en vísperas del fin de semana superaba la media docena (aunque a estas señoras conviene venderlas por kilo que por unidad), me senté en uno de los sillones a esperar mi turno. Frente a mí, había una mesa ratona que me ofrecía dos tipos

de revistas, las de chimentos y espectáculos o esas con fotos de cortes de cabello. Ninguna de las dos me interesaba. Por eso, me consagré a la lectura que tenía entre manos (o más precisamente, bajo el brazo). Pasaba una a una las páginas, humedeciéndome levemente el anular derecho, más por mala costumbre que por necesidad hidromecánica. Estaba en el medio de un diálogo sublime entre el personaje principal y su enemigo de turno cuando oí la voz de Chilín que me llamaba. Alcé la mirada y mi molestia se debió notar en la comisura de mis ojos, pero al fin de cuentas era yo quien había concurrido al recinto para recibir su servicio. Sin chistar, dejé el libro sobre la mesita ratona y me senté frente al espejo.

La charla con Chilín fue la típica. Empezamos por el clima, pasamos al partido de la última fecha y nos quejamos de los políticos de turno, para finalmente llegar a mi tema de conversación preferido: los acontecimientos sociales del barrio. Me puso al día con los nuevos concubinatos, embarazos inesperados, infidelidades y demás delicias. En realidad, no me importaban los “quienes”; siempre viví en una cápsula hermética y prácticamente no conozco a nadie, pero amaba la pasión con la que Chilín contaba las aventuras y desventuras. El hombre era un profesional y si cambiaba los nombres de los personajes de las historias que me relataba, por ejemplo, a doña Chola por algún nombre victoriano, parecía que el mismo Shakespeare me estaba cortando el pelo.

Los pasos finales de su arte siempre eran los mismos, pincel para retirar los sobrantes de su obra, agua de colonia, un jopo bien chapado a la antigua que ya conocía a fuerza de que me pregunte mil veces cómo me peinaba, y a la calle.

Luego de efectuar el pago, enfilé hacia la mesa ratona para tomar mi libro y marcharme. Pero noté que no estaba donde lo había dejado. Invasión por unos nervios galopantes y una repentina taquicardia también equina, empecé a revolver los ojos por todo el salón. La angustia duró poco. Me calmé cuando lo vi en las manos de una persona. La muchacha vestía un rojo escarlata y era dueña de una singular belleza, pero lo que realmente me cautivó fue la voracidad con la que leía. Sus ojos verdes barrían una a una las páginas y en la comisura de su boca se podía percibir pasión y deseo.

Tomé carrera para ir hasta ella y desproveerla del objeto de su fascinación, pero justo cuando me disponía a hacerlo, vi tal belleza en el brillo de sus ojos, en la forma en que los cabellos rubios le caían detrás de la oreja, en sus labios que se movían silenciosos al ritmo de las palabras, que no pude hacerlo.

Simplemente la dejé leyendo, conocedor de la felicidad que estaba experimentando. Al fin de cuentas, soy un romántico.

La explicación

Ayer por la tarde aconteció un hecho que, luego de que se difundiera de boca del capellán y de la encargada de recolectar las ofrendas, escandalizó a muchos hermanos de nuestra comunidad. Por eso, como pastor, me veo en la obligación de robarle algunos minutos a la homilía para arrojar luz sobre lo sucedido.

Como sabrán, todos los sábados por la mañana, dejo la parroquia muy temprano para dirigirme a alguna de las villas de la periferia a hacer trabajo pastoral: visita de enfermos, consuelo de afligidos o dispensación de la extremaunción.

Recorro a pie todos los puntos porque la colecta para el auto parroquial no alcanza aún los objetivos esperados. Terminó a la tarde y bastante cansado.

Sabrán también, y esto no es ningún secreto, que durante mis años de seminario desarrollé afición a las películas de *La guerra de las galaxias*, ya que eran las únicas que Monseñor Archundia nos permitía ver.

Ayer, cuando terminé mi última visita, caí en la cuenta de que me encontraba a pocas cuadras del cine del barrio. Caminé hasta allí con el doble propósito de entrar a refrescarme con el aire acondicionado y averiguar si ya estaban dando *La guerra de las galaxias* 7. Doble también fue la gracia: el aire

acondicionado estaba puesto en veinte grados y la película se proyectaba en diez minutos. Compré mi entrada y me senté en una de las butacas del fondo a esperar.

La película empezó a horario y no debió ser tan buena como sus antecesoras porque promediando, calculo yo, los tres cuartos de su proyección, caí en un profundo sueño, consecuencia de las horas de agobiante trabajo y del excelente sistema de aclimatación de la sala.

El hecho en cuestionamiento se debió a que cuando desperté, la película ya había terminado; *La guerra de las galaxias 7* había sido reemplazada por una película condicionada. Erótica, si nos atenemos a lo que decía su ficha técnica.

Esa es, queridos hermanos, la razón por la cual se comenta que fui sorprendido mirando una película de alto voltaje.

Ya escucharon mi explicación.

Ahora, si se me permite, me gustaría saber..., pues me queda la duda: ¿cómo se enteraron de esto el capellán y la encargada de la recolección de las ofrendas?

Los Pico (2)

Expuesto este dicho (‘enunciado mediante el cual se expresa una idea con gracia’), pasemos a una anécdota (‘relato breve de un acontecimiento extraño, curioso o divertido’). La que nos ocupa tuvo lugar pocos años después del incidente de la olla, pocas semanas antes de Navidad: un Zabala, el mismo que había reñido con la justicia la Navidad anterior por haber robado un chanco y habérselo vendido a más de un parroquiano a la vez, ahora se encontraba vendiendo una rifa con automotores como premio. El viejo Pico había cobrado la plata de una changa y estaba “dulce”: cuando el vendedor le mostró las fotos de los Rambler, los Falcon y los Torino que estaban en juego, no dudó en sacar uno de los cuatro billetes que tenía *amarrocados* y comprar un número. Al llegar a la casa, lo enganchó en el marco de un espejo y se sentó en una silla a mirarlo, imaginándose los lugares que visitaría manejando su Torino cero kilómetro. Estaba hipnotizado cuando entraron en la casa los hijos varones: el Chochito, Walter y el Triqui, que solían ayudarlo en las changas. Al enterarse de la compra de su padre, cada uno empezó a reclamar su parte del automóvil.

“Yo lo quiero usar los fines de semana”, dijo uno.

“No, si vos no tenés ni novia, dejamelo a mi para pasear con la Macerlita”, dijo otro.

“Yo lo voy a usar para ir a la cancha cuando juguemos afuera”, dijo el tercero.

Entonces, al ver la multitud que se le subía al auto nuevo, el viejo Pico explotó en un grito: “Se bajan todos del auto, que ya me lo están rayando”, y empezó a repartir cintazos en el lomo a diestra y siniestra.

Sigue en la página 35.

Fanáticos del mate cocido

Los hermanos Wellington vivieron sus años de pubertad en una casona de campo en el (en aquella época) descampado barrio de Guadalupe, a pocos metros de la estación de trenes homónima. Su padre, un ingeniero inglés que llegó al país con la misión de supervisar la colocación de un nuevo ramal de vías, pensaba viajar solo, pero, tras la inesperada muerte de su esposa pocas semanas antes de la partida, decidió llevarse al nuevo continente a sus dos hijos varones. Luego de un fugaz paso por Buenos Aires, los tres Wellington viajaron a la ciudad de Santa Fe, donde se establecieron, no sin antes hacer contacto con una nodriza local, la señorita Martínez, quien se haría cargo de la educación de los muchachos y también de los quehaceres del nuevo hogar.

Todas las tardes, cuando terminaba la sesión de estudio, la señorita Martínez le preparaba a los hermanos Wellington una merienda que consistía en panecillos autóctonos y té en hebras traído del país de origen de su empleador.

Ocurrió cierta tarde que, justo cuando el enorme reloj de roble que colgaba en el comedor daba las cinco en punto, la señorita Martínez se arremangó el vestido para agacharse a buscar la lata de té y la encontró vacía. Contrariada ante la luz de los acontecimientos, presta tomó su bicicleta y peda-

leó hasta la casa que compartía con su enfermo y viejo padre. Lo saludó, aunque este ya no se enteraba de quién entraba y quién salía de la casa. Después, tomó un paquete de yerba mate de su alacena y con la misma velocidad volvió pedaleando. Los púberes estaban cerrando sus cuadernos de estudio cuando la tetera avisó con un silbido que el agua estaba lista y en ese preciso instante, la señorita Martínez cruzó el umbral de la puerta. Se volvió a colocar el delantal, que había dejado pulcramente doblado sobre una silla, y llenó de yerba mate el receptáculo de alambres enrejado que el día anterior había sujetado las hebras de té mientras estas despedían su sabor y su color. El resultado fue una bebida de color verde desconocida para los nuevos habitantes de la pampa. El más joven de los hermanos preguntó qué le había pasado al té. La señorita Martínez, en una inusual muestra de humor, replicó que se había puesto verde de envidia, pero no dijo de quién. Los señoritos tomaron la merienda sin protestar y de inmediato, les gustó el mate cocido. A diferencia de lo que sucedía con la teína a la que sus cuerpos estaban acostumbrados y ante la cual se rendían en siestas relajadas, la mateína tomó por sorpresa a sus sistemas nerviosos y los mantuvo toda la tarde alejados de las habitaciones.

Cuando su padre regresó del día laboral, encontró que sus retoños, en lugar de estar tocando el violín o jugando un juego de mesa, estaban saltando sobre las camas. La autoridad del hogar regañó a la señorita Martínez y la acusó de haber drogado a sus hijos. Esta, desconcertada, no hacía más que desahacerse en pedidos de perdón y súplica. Sin saber cómo solucionar la discordia, jugó la única carta, aunque arriesgada, que

tenía. Le ofreció al señor Wellington una taza de humeante mate cocido que este recibió de mala gana. Luego de beberse hasta la última gota, no podemos afirmar que haya sonreído, pero sí que dejó de gritar.

A partir de esa tarde, en la mesa de la merienda de los Wellington, los panecillos se acompañan con la autóctona infusión.

La dieta

—Ayer fui a lo de la nutricionista —dice Remigio, medio cabizbajo y con semblante triste—. Me recagó a pedo. Me dijo que no podía ser que haya subido siete kilos en el último mes.

Remigio esconde las lágrimas mientras rebusca en el cajón de los vegetales y se suena la nariz con la manga de la camisa. Se siente culpable. “Es por las fiestas”, fue la excusa de Remigio a la doctora. “¿Pero qué fiestas?! ¡Si estamos en marzo!”, le soltó la nutricionista.

—Es que en Año Nuevo sobró lechón y lo teníamos *freezando*...

Remigio va y viene de la heladera a la cocina como una ama de casa hacendosa. Con el cuchillo de filetear e infinita paciencia, le saca la piel a una presa de pollo y la deshuesa. Y sigue contando:

—Enojadísima, la nutricionista me empezó a enumerar los “tips” que me había dado anotados y que yo crucifiqué con cuatro imanes en la heladera: el bife de pechuga del tamaño de la palma de la mano, verduras de hoja en todas las comidas, una sopa antes de almorzar... Yo miraba para abajo, las manos juntas, moviendo los dedos gordos en círculos. Entonces llegó la peor parte: me pidió la lista de cosas que había comido en

la semana. Enseguida se dio cuenta de que la había hecho a las apuradas antes de ir...

Mientras cuenta, Remigio corta el tomate y la lechuga para la ensalada.

—Me dijo que antes de sentarme a comer le saque una foto al plato y que la próxima semana se las lleve todas juntas. “Así vamos a poder ver qué falla para organizarte mejor”, dijo.

Remigio hace una pausa y, a través de la ventana de la cocina, mira al infinito.

—Es así nomás —dice luego de hacer su pausa reflexiva—, somos hijos del rigor.

Pone el plato ante mis ojos.

—Tomá pibe, comé.

Mientras fotografía la prolija pata muslo deshuesada con ensalada de tomate y lechuga que me voy a comer, él termina de prepararse un sandwich triple de morcilla, mayonesa, pimientos y panceta.

El camionero de la quesería Stroppi

Me contó la anécdota Tarrino, el vecino de la casa del pueblo, un día en que pasamos a tomar mates. El protagonista es Rudecindo Vergara y por más que el nombre parezca inventado para este texto, tengo que aclarar que todos y cada uno de los detalles son reales y fidedignos. Al menos, tal y como me los contó Ramón Tarrino.

Para hablar de algo, mientras su hijo preparaba el mate en una tacita de café de la que sobresalía una bombilla tres veces más larga que el recipiente, le pregunté cómo estaba la situación con la leche. Mucho de campo no sé, pero esa mañana había escuchado a un chacarero quejarse de la situación del sector lácteo.

No sé de qué modo, pero Tarrino se las arregló para llegar de la respuesta esperada a la anécdota que quería contar:

“Y lo que le pasó al viejo Stroppi, el de la quesería... Él lo tiene de camionero al Rudecindo Vergara. *Bueeeeenooo* como él solo. No *vai* que la otra noche lo llamó por teléfono porque lo habían parado en la ruta cuando iba a entregar la leche.

Dice que lo hicieron bajar del camión y ahí nomás, cuando lo vieron, le dijeron que no, que a él seguro no le daba el

psicofísico. Está bien, es medio chueco el Rudecindo... pero vo' viera' cómo juega al fútbol... si corre y todo. Está bien, medio con la chuequera corre..., pero juega al fútbol..., mirá si no va a poder manejar un camión.

Bueno, resulta que lo llama a Stroppi y le pasa con el encargado del operativo. Este le dice que sin el psicofísico no lo puede dejar seguir

¿Pero qué psicofísico si maneja hace como veinte años?

Que si, que no, que son las reglas nuevas. Cuestión que le dijeron que le iban a llevar el camión. Entonces, Stroppi preguntó adónde, así después lo iba a buscar.

Bueno, espérese, le dijo el del operativo, hablemos un poco.

No, no hay nada más que hablar, dijo Stroppi. Si me van a llevar el camión, dígame adónde lo llevan, así yo después lo busco.

No, pero espere un poco, que se le va a pudrir toda la leche...

Y bueno, qué se le va a hacer, si me van a llevar el camión no puedo hacer mucho.

Bueno, lo que podemos hacer es que se venga hasta acá con quinientos pesos y dos quesos y lo dejamos seguir.

Mirá cómo son... ¿eh?... Así que Stroppi se tuvo que ir al cruce de rutas donde lo habían parado al Rudecindo con los quinientos pesos y una caja con los quesos. Que a todo esto, dos quesos valen más o menos quinientos más, así que ahí tenés mil pesos.

Se fue para allá porque ya le habían preguntado dónde tenía la quesería, que si no pasaban ellos. Pero *piooorrr*. Faltaría que agarren el vicio y empiecen a pasar todos los meses.

Cuando llegó, amagó bajar la caja y enseguida le dijeron que ahí no, que los vería la gente.

Acá no, que nos ve la gente. Vos seguí un poco más con la camioneta que nosotros vemos dónde parás y después los buscamos.

Mirá que son... ¿eh?... Me daba ganas de no dejarles nada, decía Stroppi.

Así que bue... el Rudecindo Vergara siguió camino... mirá si no va poder manejar el camión, si juega al fútbol y todo.”

Los Pico (3)

La última anécdota, en realidad no es tal, ya que no se trata de un hecho puntual, sino de un comportamiento regular de Luis Pico. En época de vacas flacas, para ahorrar lo que no se tenía, almorzaba mate de yerba secada al sol, pero, para no sentirse herido en el orgullo, de postre sacaba una pajita de la escoba, se la ponía entre los dientes y se iba a caminando al bar. Cuando hacía su entrada, tomaba la pajita entre los dedos y se escarbaba los dientes, como si tratara sacarse un pedazo de carne para simular un “¡qué rico que estuvo el asado!”.

El asado de los Reyes

“En Argentina se come asado. Con carbón o con leña. En parrillero o sobre el suelo. A campo abierto o refugiados en un balcón. Algunos prenden el fuego sobre la parrilla, mientras que otros prefieren hacerlo a un costado, en el brasero. Jugoso o seco o a punto. Pinchando o no los chorizos. Mareando la carne o vuelta y vuelta. Solo con sal o bañado con un chimichurri. Ancestral. A fuego lento o arrebatado. Hay diferentes escuelas, pero solo una no es aceptada: la del no-asado”.

Doña Petrona

En la casa de los Reyes, los domingos al mediodía se come asado. No importa si llueve torrencialmente o si hace tanto calor como para freír un huevo en la vereda. Hoy no es la excepción. Doménico, el padre, arranca con el ritual a las diez de la mañana. Después de compartir una pava de mates con su esposa Matilde, sale al patio y limpia el asador que todavía aloja las cenizas de la última batalla. Junta los restos prolijamente en un balde y los deja a un costado. Pone una bolsa de carbón sobre la parrilla y un bollito de diario abajo. Rocía generosamente con alcohol, da un paso hacia atrás, enciende un fósforo y lo lanza, con tanta gracia como sus dedos de morcilla le permiten, hacia la empapada bolsa que ahí nomás hace una explosión y empieza a arder. Le hace un poco de viento,

lo sopla, va reemplazando los bollitos de papel a medida que el fuego los devora y vuelve a hacer viento. Los diarios son del 86 y mientras los usa (ya sea como bollo de combustión o como agitador de aire), no puede dejar de leer y divertirse con las propagandas de hace casi un cuarto de siglo .

Las brasas ya son rojo entraña y los pedazos más chicos caen entre los barrotes. Con una pinza parrillera, hace a un lado los más grandes para que se sigan transformando. Asoma la palma de la mano sobre la retícula metálica e intenta contar diez segundos. No lo logra. La temperatura está justa. Distribuye, como si fueran fichas en el casino, los pedazos rebosantes de sal gruesa y una corona de chorizos. Las costillas, por supuesto, con el hueso hacia abajo.

Todas las piezas están jugando el rol que les toca y Doménico decide que es momento de coronar ese esfuerzo, esa obra de ingeniería, refrescando el garguero. Se mete en la casa y camina hacia la cocina a prepararse un vaso de Gancia bien helado mientras le echa una mirada al televisor donde se ve la última vuelta del TC. Sin esperar la bandera a cuadros, regresa a la parrilla.

Su hija lo encuentra con el meñique levantado y el belfo estirado a punto de beber. Reina Reyes (los padres no habían escatimado humor al ponerle el nombre) le anuncia que su flamante novio vendrá a comer. El padre no se alarma; con dieciocho años, la nena ya está en edad de ser festejada y hace rato que se viene preparando para ese momento. Sin embargo, algo en la mirada de su unigénita le despierta una sospecha.

Una veintena de minutos más tarde, la incógnita se revela. El susodicho hace su entrada triunfal y camina hasta el asa-

dor, donde el patriarca de la familia lo espera apostado contra la pared, sosteniendo el vaso para mantener el equilibrio. Cierta miedo y respeto se le nota al muchacho en la cara. Mientras le estrecha la mano con una sonrisa de oreja a oreja y lanza una mirada curiosa a la parrilla, sin rodeos, le confiesa a Doménico que es vegetariano. “Ovolactovegetariano” es, en realidad, el término que utiliza el proyecto de yerno. Explica que su dieta es bastante variada; come verduras, huevos y derivados de la leche. Doménico piensa que es uno esos que se comen la comida de su comida. El muchacho vuelve a mirar la parrilla, esta vez apuntando con los ojos a unos tentadores pimientos rojos cortados al medio, dentro de los cuales se está terminando de cocinar una mezcla de queso, huevo y orégano.

Reina los deja para que charlen y se va con su madre a preparar las ensaladas. Una de lechuga, tomate y cebolla, la preferida de su padre, y una de papas con mayonesa para que el pretendiente no pase hambre.

Doménico comienza con su tarea de interrogar un poco al muchacho. Ante la pregunta sobre sus estudios, le responde con un elaborado discurso sobre la vocación mezclado con la opresión de los pueblos y el yugo de la burguesía para finalmente decir que comenzó tres carreras y no terminó ninguna. Pero ¡ojo!, promete que el siguiente año comenzará el profesorado de música y esta vez está casi seguro que la decisión es la correcta. “Definitivamente, un vago”, piensa Doménico, que hubiese preferido algo más tradicional.

Con la esperanza de que el cambio de tema a un terreno más neutral pueda sacarle esa sensación de acidez en el estómago, hace un comentario sobre el superclásico que aconteció

la jornada anterior, a la vez que manifiesta la falta de “huevos” de los “millonarios”. Tal vez mezclando algo de lo que come el chico con una pasión ubicua en el ser nacional, se pueda llevar adelante una mejor charla. El chico, que ya se dio cuenta que la cosa no va muy bien pero es jetón y no puede parar, le responde orgulloso que no le gusta el fútbol. La sensación de acidez de Doménico aumenta. Aprieta las mandíbulas de tal forma que podría romper los huesos de las costillas que crepitan en la parrilla, pero intenta relajarse. Es domingo, el día está soleado y la parrilla está provista de delicias. Fantasea con que el muchacho es circunstancial. Al fin de cuentas, es el primero que le traen a casa.

Reina mira por la ventana y ve el rictus de su padre sin preocuparse mucho. Sabe que a él no le caerá bien ninguno por algún tiempo. No es que piense que este sea el amor de su vida; por lo pronto, es el amor de este trimestre, pero no es tan casual como para no llevarlo a casa.

A la madre de Reina se la ve realmente atareada buscando los platos y vasos de fiesta. Rápidamente quita el mantel que estaba puesto en la mesa del comedor salpicado con manchitas de salsa de la noche anterior para poner el mantel bordado por la abuela, parte del ajuar de bodas y solo usado para ocasiones especiales. Los platos de cerámica blancos con los cubiertos ornamentados tienen la misma procedencia y el mismo fin.

Doménico elude la pregunta de si las uvas que da la parrilla sirven para hacer vino y entra a buscar el chimichurri. Al encontrar la mesa tan bien dispuesta, se da cuenta de que se ha pergeñado una especie de pacto tácito entre madre e hija.

La mujer, que lo conoce, al ver su cara le pide “tratalo bien”, pero obtiene como respuesta solo un gruñido.

Con el chimichurri en la mano izquierda y una cuchara en la derecha, comienza a distribuir el preparado en lugares estratégicos.

—Disculpe —se escucha decir al chico— pero... ¿esa carne no tiene mucha grasa?

“¡Qué sabrá este pibe sobre carne si come yuyos!”, piensa Doménico, pero le contesta bien y comienza a explicarle sobre la necesidad de que la carne tenga grasa para que el sabor sea mejor. El marmoleo, le explica, es la cantidad de grasa dentro de la carne y se observa principalmente en el área del ojo de costilla en un corte que se hace entre las costillas duodécima y decimotercera. El marmoleo es el principal factor a tomar en cuenta por el consumidor para determinar la calidad de la carne. Mientras mayor sea el nivel de marmoleo, mayor será la calidad, puesto que la carne tendrá mejor sabor y será más jugosa. Algunos consumidores consideran el marmoleo por ser este un factor de riesgo para la salud, pero Doménico omite esta parte. Su experiencia en el frigorífico durante veinticinco años le ha dado un conocimiento muy fino en cuanto a cómo se debe diseccionar un animal según su peso, su tamaño y hasta su alimentación para así obtener los cortes con la cantidad justa de carne y grasa y el mejor sabor al comerlos. Se emociona contando; esgrime la cuchara mientras cuenta cómo se corta la media res para aprovechar la pieza. Dibuja en el aire los trazos que se tienen que dar recordando el proceso que realizó una y otra vez durante tanto tiempo. La cara del muchacho lleva pálida varios minutos.

—No sabía que usted era un asesino de animalitos— dice con una voz en extremo aguda.

—¿Asesino? —pregunta Doménico masticando bronca— Estos bichos fueron puestos en la Tierra para que nosotros los comamos.

—Mire... me parece muy asqueroso que haya personas que maten animales indefensos para alimentarse.

Doménico ya está bastante molesto; una cosa es que le quiera robar a su hija, que no coma carne, que no le guste el fútbol, pero, ¿llamarlo asesino?

—Escuchame, pibe, para ser la primera vez que venís a mi casa, me estás faltando bastante el respeto.

—No puede pedir respeto quien no respeta.

Doménico piensa cómo hacer para sacarle el hígado con la cuchara.

—A ver pibe... —y se interrumpe. No vale la pena. Da media vuelta y sigue con su labor de saborizar la carne.

En la cocina ya están listas las ensaladas y la mesa está puesta como para Navidad. Matilde mira a su hija con cara de felicidad. Piensa que el muchacho es un buen candidato.

—Mira que bien que se llevan esos dos— le dice a Reina.

—Sí, veo que están charlando bastante. Espero que papá no le diga nada fuera de lugar.

—No, tu padre es un gruñón, pero no muerde.

En el patio, el muchacho comienza a hablar sobre su relación con Reina. Doménico no le responde y mientras el pibe sigue hablando, se queda pensando sobre la discusión anterior. Entonces, se le ocurre enseñarle lo que tiene en el cuartito del fondo. Medio en broma y medio en serio para mostrarle de

qué hablaba. Le pide que lo acompañe a unos veinte metros de la parrilla, en aquel terreno que llega hasta la mitad de la manzana.

Entra al cuartito, corre una cortina de plástico transparente que sirve para espantar las moscas, prende la bombilla de setenta y cinco que cuelga de un portalámparas y le hace señas para que entre.

En el cuartito, con piso de cerámicos y paredes con azulejos blancos hasta el techo, se puede ver un banco de madera con una máquina para hacer chorizos, un rectángulo rojo del que cuelgan una serie de cuchillos bien limpios y afilados y una fuente grande de metal. Al costado del banco, hay un freezer de cuatrocientos litros que sirve para guardar los productos elaborados por Doménico y más allá, una sierra de carnicero sinfín. Del techo, y con ganchos, cuelgan chorizos caseros que fueron preparados la mañana anterior.

El muchacho se siente dentro de un calabozo de tortura.

Domenico comienza a reír.

El muchacho intenta reaccionar, quiere largar todo lo que tiene adentro, quiere contarle. Sabe que si le cuenta, Doménico va a sufrir y quiere que sufra. Pero tiene miedo de lo que pueda desencadenar. Mira la habitación que lo rodea y tiembla, mira la fuente de metal, la sierra, los ganchos, los cuchillos. Recuerda la sonrisa de Doménico cuando cortaba una media res imaginaria. Recuerda que le contó que hizo ese trabajo una y otra vez. La memoria muscular debe haber convertido a ese hombre en un máquina de matar. Sin embargo... ¡qué ganas de verle desaparecer esa sonrisa transpirada! Que ganas de contarle que Reina, como él, se hizo vegetariana.

